

III

El imperio bizantino jamás se asimiló ni el imperio alemán tampoco á los eslavos. Lo que había hecho Roma en la Edad antigua con los celtas de las Galias y de la Iberia, no supieron hacerlo sus herederos de la Edad media con los agenos pueblos que acampaban á su alrededor ó en sus fronteras orientales. Alemania no pudo tampoco asimilarse los pueblos escandinavos, que han constituido tres verdaderas naciones: Dinamarca, Suecia, Noruega. Algo hizo contra los eslavos del Elba, germanizados hasta convertirlos en alemanes; pero nada pudo hacer contra los eslavos de Bohemia, hoy mismo formidable avanzada del eslavismo. En cambio las ciudades anseáticas establecieron factorías germánicas en el Báltico, mar, al cual denomina Freeman un Mediterráneo del Norte; y las órdenes de Caballería, como la orden teutónica, fundaron el marquesado de Brandeburgo, que será el germen de Prusia, y le añadieron la Pomerania, no pudiendo añadirle también la Silesia, sólo conquistada en tiempo de Federico el Grande, por impedirlo Polonia y Bohemia. También adelanta el elemento germánico hacia el Danubio y hacia el Vistula. Pero en el Danubio le cortan su paso, primero los húngaros, que se interponen con su reino entre los eslavos del Norte y los eslavos del Mediodía; luego los turcos, que llegan con Solimán el Magnífico hasta las puertas mismas de Viena y aterran á Lutero; y en el Vistula detiénala Polonia. Pero Turquía se consumirá pronto en su fatalismo, consunción que nos cuesta hoy sudores de sangre; y Polonia, no pudiendo alcanzar ni un contrafuerte sobre la montaña, ni un respiradero en el mar, quedará por su anárquica nobleza, y por su inmensa llanura, expuesta de suyo al desgobierno interior que la debilitará sin remedio, y á las corrupciones exteriores que acabarán por suprimirla, generando con tal infortunio perdurable conflicto á la Europa contemporánea, y extendiendo indeleble mancha en la conciencia universal. Toman los húngaros, parientes del turco por su sangre, y enemigos del turco por su religión, reyes alemanes y entran en el sistema solar de Alemania, cortando los eslavos del Norte y los eslavos del Sud en dos con su interposición, como el establecimiento de Lituania con su célebre ciudad Dantrog, obra de eslavos Polonia, impide la unión de los pueblos alemanes por las regiones del

Nordeste. Cerrada por Francia y sus cuasi-anejos los pueblos flamencos, la Borgoña, los cantones helvéticos al Occidente; por la península de Italia, y los pasos á ella conducentes, como el Tyrol, al Mediodía; por el Báltico y el Océano Boreal hacia el Norte; hallábanse concentrados los intereses mayores de Alemania en las fronteras del Oriente. Por esta razón, bastándole al Oeste la defensiva contra sus vecinos, tentados en mil ocasiones de pasar el Rhin, é impedidos de arraigar allende tan propia y natural línea de separación, como bastándole por la debilidad irremediable de Italia el franqueamiento y libertad completa de los Alpes, necesitaban muchas fuerzas al Oriente, donde tenían grande ministerio de civilización que cumplir, y se hallaban frente á pueblos de brava índole y complejos caracteres. Hé aquí porque se formaron los dos grande Estados orientales, al Norte Prusia y al Mediodía el Austria, frente y contra los pueblos eslavos. Desconocedor el vulgo de las genealogías, que tienen los hechos históricos, generados siempre por grandes y antiguos antecedentes, atribuyen á causas accidentales y segundas nacidas todas de ocasiones inmediatas los grandes fenómenos, como la rivalidad entre los eslavos y los alemanes, ó entre Rusia y Alemania. Pues bien, la formación de los dos grandes imperios, que se disputan el predominio sobre la gente germánica, Prusia y Austria, provienen de una irreconciliable y antigua oposición radical con los pueblos eslavos á cuya servidumbre aspiran por incontrastable movimiento de los hechos. El Austria con los Hapsburgos está frente á los eslavos del Mediodía, y por eso tiende la línea de sus dominios desde Trieste á Praga, y la Prusia con los Brandeburgos está frente á los eslavos del Norte, y por eso levántase su Marca entre el Oder y el Elba, ó sea, en lecho eslavón disecado de antiguo eslavismo. Y sus dominios se dilatan hoy desde Silesia hasta Meklemburgo, y cuentan con el ducado de Posen. Tales oposiciones podrán olvidarse acaso en la diplomacia de los poderosos, pero no se ocultan de ningún modo á la intuición de los pueblos.

La Europa no se cansa de producir nunca organismos nuevos en su historia moderna como no se cansa la naturaleza. El grande trabajo cumplido en el Oriente y en el Norte, tiene su correspondencia en el Occidente y en el Mediodía. La Edad media se acabó con los cuatro hechos capitales, que señalan su fin: 1.º Los Concilios de Basilea, de Constanza, de Florencia, determinantes de nuevo espíritu religioso. 2.º La invención de la im-

prenta, medio eficaz de verdadera cultura. 3.º El renacimiento de las letras y las artes por las emigraciones de los helenos venidos de la infeliz Constantinopla. 4.º La increíble aparición de América. Y en cuanto la Edad media concluye, se forman al Occidente los grandes Estados modernos, que necesitan salvarse á un tiempo, si deben constituirse, de la tutela romana y del feudalismo general. Vemos cumplida la obra, tocamos sus saludables consecuencias, pero no advertimos su inmensa dificultad. Se necesita un esfuerzo extraordinario, y eso que los reyes venían preparándolo desde fines del siglo décimo-cuarto en una doble guerra con el clero y con las aristocracias. La razón de Estado se sobrepuso á todo. Nacieron hombres que parecían como cifras, según daban de mano á todo escrúpulo en la realización y cumplimiento de su ministerio histórico. Escribiéronse las artes de fingir y engañar, teorizando la profesión y propaganda de la mentira, cual en otros tiempos se teorizaba la profesión y propaganda de la verdad. El rey forjó por medio de las universidades y de los jurisconsultos la corona del derecho divino para sus sienes cuando en los siglos anteriores habíala forjado por medio de los conventos y de los teólogos para sí los Pontífices. Desde la Imitación de Cristo al príncipe de Maquiavelo media una inmensa distancia, y hay que decirlo, dominan más en los siglos del Renacimiento las máximas de Maquiavelo, que dominaron en los siglos del clero los principios de la Imitación. Luís XI, Alejandro VI, César Borgia, Fernando V, Enrique VII y Enrique VIII, parecen como una sola personalidad, según han perdido todos la conciencia para servir á la formación y establecimiento de sus respectivos Estados. Cuando comunica Felipe el Hermoso de Austria á Fernando V de Aragón, como decía Luís XII de Francia que le había engañado tres veces, contesta Fernando á su yerno estas memorables palabras: «El bellaco miente; lo menos le he engañado siete veces.» Idos con escrúpulos á Luís IX, al tratarse de agrandar su Francia, sumándole Borgoña; ni á Fernando V, al tratarse de agrandar su España, sumándole Navarra. El pobre desposeído Albret imaginaba que éste renunciaría en su lecho de muerte á Navarra para granjearse la gloria celestial. Pero Fernando V no sentía remordimiento alguno por las mentiras expectoradas y los engaños perpetrados en la obra de unificar sus monarquías, y no confesó de ningún modo en su trance último aquel pecado, de cuya comisión le han absuelto con creces la historia y la patria.

¡Qué serie de canalladas cometen! ¡Cuántas perfidias hacen y cuántos embustes dicen! ¡Cómo prescinden á una de toda moral! ¡Qué zorros en los tratos! ¡Qué fieras en las batallas! Han menester desde una política nueva hasta una nueva estrategia. Contra Roma deben constituir el Estado de todo en todo independiente; contra el feudalismo deben constituir un solo señorío sobre tantos señoríos. Hay que arremeter contra Irlanda, herir á magnates como el condestable Borbón, entrar á saco en Roma, ganar con simonías grandes ventajas para el regalismo, perjurar en los tratos, perseguir y descabezar al príncipe de Viana y á María Estuardo y á Rodrigo Borgia; todo se hará, todo sin vacilación para constituir la grande Francia, la grande Inglaterra, la grandísima España, necesarias indudablemente á la realización del mundo social que continúa la obra y el ministerio de la Creación, encarnando en formas superiores la vida.

¡España! Son verdaderamente increíbles las ligerezas cometidas por los historiadores europeos al encontrarse con España, ligerezas provinientes unas de ignorancia, otras de malicia. Ya el hugonote Guizot escandalizó al mundo sosteniendo muy doctoralmente que no había hecho cosa España por la cultura universal, cuyos progresos nos deben tanto, quizás como á Italia y Grecia. Pues hoy mismo, en obra tan estimable como el prólogo de Larisse á la última edición de Freeman, léense aseveraciones como la de que nuestra España, desde la hora en que fué conquistada por los sarracenos, quedó como aparte del continente nuestro, al cual no debía unirse, sino después de haber expulsado á los infieles ¿Qué ha querido con esto decirse? ¿Por ventura que durante los siete siglos de la reconquista no ha influido España en Europa ni Europa en España? Pues no tiene tal aseveración fundamento alguno. Europa influyó en España durante toda esa época. De Borgoña vino la funesta casa, cuyas ambiciones é inquietudes constituyeron Portugal, separándolo de la común familia hispánica. Legados franceses trocaron el rito mozárabe por el rito romano, destruyendo así nuestra nacionalidad religiosa en el oncenno siglo. El nombre de Hugo en Aragón y el nombre de Bernardo en Castilla, no nos dejarán mentir. La casa de Suabia influye durante la décima-tercia centuria, tanto en Aragón como en Castilla por medio de sus princesas. El Cisma de Occidente, la Cruzada contra los Albigenses, las letras provenzales é italianas, la disolución de los templa-

rios y todos los Concilios, influyen con soberana influencia en nuestros destinos históricos. Y no hablemos de la influencia ejercida por España durante los siete siglos en la civilización universal. Para desconocerla se necesita desconocer lo reveladores que fueron nuestros sabios andaluces, verdaderos Bautistas del Renacimiento, la influencia que tomaron las escuelas hispolenses y cordobesas en la cultura universal; como nosotros dimos los primeros elementos de química y de matemáticas y de física y de filosofía en la noche del siglo noveno y décimo á la Europa de los terrores apocalípticos; cuantas ideas nuestras, españolas, nutridas por el terruño este, inspiradas en su claro cielo, van dentro del averroismo; quiénes fueron, de qué región, los maestros, á cuyas enseñanzas debió Europa el manejo de los astrolabios antiguos y el estudio de las cartas astronómicas; por qué meridiano, sino por el meridiano de Toledo, se contaban las revoluciones celestes; qué luminosa Enciclopedia pudo competir en los primeros tiempos medios con la Enciclopedia de San Isidoro, ni cual en los tiempos últimos de la misma Edad con la pasmosa de Alonso X; cuántas virtudes literarias guardaron aquellas Cortes de Ramón Berenguer, de Pedro II, de Jaime I, cuando tanto poder moral se granjearon en las letras provenzales; cuán heroicos los guerreros, acompañantes de Roger de Lauria y de Roger de Flor en las expediciones á Sicilia, Nápoles, Atenas, Constantinopla, tan influyentes sobre todo el curso de nuestra vida europea; los rastros esparcidos por Alonso V en Parthenope y sus luminosas aguas; se necesita desconocer todo esto para ignorar cuanto ha valido y cuanto ha importado en el espacio de siete siglos, cuando no había constituido su grandiosa unidad, ni revelado al Viejo Mundo el Nuevo, esta nación, destinada en el concierto de la vida universal á un ministerio, que comprueban tanto su geografía como su historia, el cual ministerio, si fué grande allá en la época de la guerra y de los descubrimientos, pues ningún guerrero excedió en esfuerzo á nuestros guerreros, y ningún navegante tampoco en audacia é intuición á nuestros navegantes, no se interrumpirá ni puede interrumpirse ahora, que otro género de competencias piden el cambio de los tiempos de guerra y de conquista por los tiempos de trabajo y de industria, pues como nunca se agota la sangre pura en las venas, nunca se pierden las ideas vivas en el espíritu inmortal de nuestra patria. Pero consideremos su ministerio histórico, ya que nos hallamos examinando los antecedentes que deben considerarse

con estudio para penetrar con provecho en la Historia de nuestro siglo.

Mas justo encuentro el sabio, á quien dirijo estas observaciones, si ha querido apuntar lo que añade más abajo, como nosotros luchamos solos aquí en Occidente con todo el mundo musulmán durante la Edad media, para detener sus irrupciones y salvar á Roma y á París de la terrible suerte corrida por Constantinopla y por Atenas. Ha dicho, en tal caso, una gran verdad; nadie nos auxilió en esta empresa porque no puede llamarse auxilio, ni á la victoria de Carlos Martel, ni á la Marca de Carlomagno, ni á los cortos auxilios enviados á las Navas y vueltos á su origen antes de haberse emprendido la gloriosa campaña y alcanzádose la increíble victoria. No se puede comprender el ministerio desempeñado por España en la Historia Universal si por cualquier motivo se olvida su posición geográfica. A las puertas occidentales de Africa tócale servir como de gran escudo á Europa, guareciéndola de las irrupciones africanas. Y como las irrupciones africanas, no sólo se reclutan en este inmenso y misteriosísimo continente, reciben por medio del Egipto los refuerzos del Asia, bien puede asegurarse que durante la reconquista nosotros desafiamos á dos continentes y sostuvimos una porfía perdurable con razas verdaderamente inextinguibles. Pues si por nuestra posición en el gaditano estrecho la península de los Pirineos debía cumplir contra el Africa y el Asia reunidas un ministerio, que no pudo cumplir la península de los Balkanes sola contra el Asia menor y los turcos, por nuestra posición en el último Occidente debíamos descubrir América y civilizarla, traer á Europa el olvidado mundo de las Indias orientales, revelando así con las expediciones salidas de Portugal y las expediciones salidas de Andalucía y las Extremaduras, el planeta nuestro á la Humanidad civilizada. Lo que había hecho Fenicia en Grecia, Grecia en Sicilia y en Italia, Italia en todo el viejo mundo, teníamos que hacerlo nosotros en hemisferios nuevos, desconocidos hasta que los vieron nuestros marinos desde sus frágiles y reveladoras naves. Para estas dos obras, verdaderamente universales y humanas, para poner el sello europeo á los piés del Africa en Ceuta y en Tanger, para descubrir el Cabo de las Tormentas y dejar de nuestro espíritu rastros en el Congo y en toda la Nigricia, para romper los mares de sombras unas veces y otras de fuego, puestos por las supersticiones en las entrañas del Atlántico, para circunvalar el planeta, para traer los hombres del porvenir con América y los hombres del pasado con las Indias orientales al